



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Guillermo Sucre • Héctor Velis-Meza • HCF Mansilla • Pablo Soler
 Freddy Zárate • Gabriel Zaid • Agustín de Pórcel • Alberto Ostría
 Gustavo Becerra • Josep Barnadas • Alonso Ortiz

LA PATRIA
 SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXIII n° 577 Oruro, domingo 5 de julio de 2015





Erasmo Zarzuela
"Duende con aves". Óleo sobre cartón
40 x 40 cm

La poesía de Borges

El reencuentro con las metáforas más simples y aun triviales, nos sitúa ante la búsqueda de una permanencia: el inevitable confrontamiento del hombre con su propio destino. La conciencia poética que percibe sus fracasos, es paradójicamente indicio de voluntad de absoluto: no por ello desiste de intentar aprehender el "inconcebible universo". La radical vivencia de la fugacidad, del implacable tiempo sucesivo, se vuelve también vislumbamiento de eternidad. Detrás de la realidad que se nombra se va progresivamente configurando y superponiendo otra con nuevas implicaciones: aquella se subordina a esta. La pasión dentro de la lucidez, la desmesura dentro de la mesura: la poesía de Borges se desarrolla en medio de estas tensiones simbólicas. Más que una obra realizada hasta su plenitud estética, lo que ella nos propone es la intensidad de un acto, de un comportamiento. Un destino, en suma.

Guillermo Sucre en: *Borges, el poeta*.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Origen controvertido

El origen de la *mayonesa* es controvertido. Hacia 1589, existían personas que la relacionaban con el duque de Mayene. Pero, para la mayoría de los investigadores en temas culinarios, está meridianamente claro que la habría inventado el chef del mariscal francés Louis Francois Armand de Vignerot du Plessis, duque de Richelieu (1696-1788), después que se apoderara del fuerte de San Felipe, en Mahon, Menorca, en las Baleares. Este acontecimiento bélico aconteció el 28 de junio de 1756.

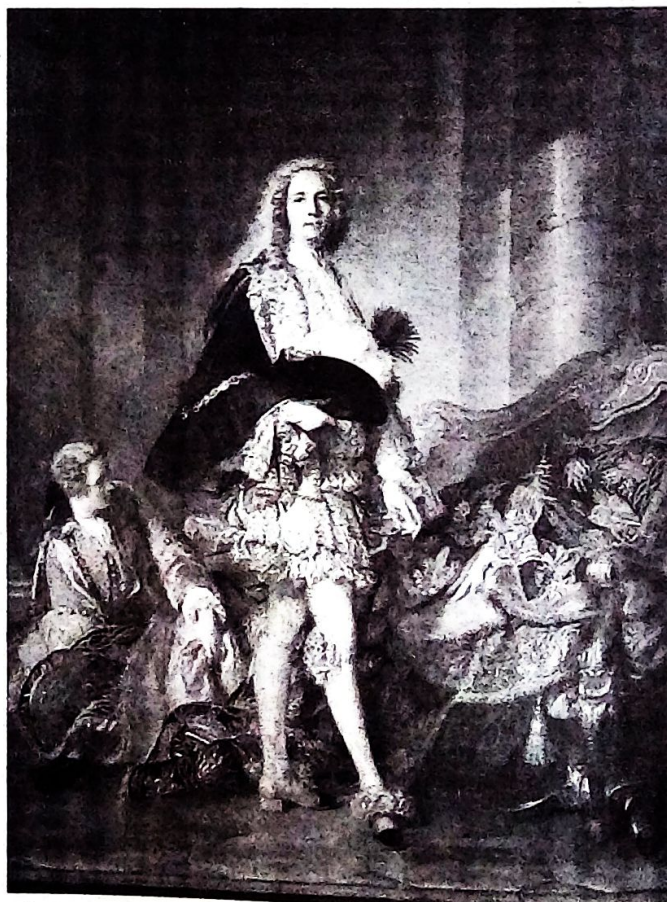
El militar francés -se cuenta- habría celebrado su victoria con un gran banquete. Como en la isla, a causa de la guerra, se habían quedado sin mantequilla y crema, su chef habría improvisado sobre la marcha un aderezo con huevos y aceites, para acompañar las exquisiteces que había preparado para la ocasión. Su invento habría sido celebrado con gran entusiasmo por quienes lo probaron.

Cuando la salsa de marra llegó a Francia, de acuerdo a esta versión, se la bautizó como *salsa mahonesa*, expresión que con el tiempo derivó a *mayonesa*. En todo caso, el *Diccionario de la Lengua Española* continúa aceptando la expresión *salsa mahonesa* con el mismo significado de *mayonesa*.

Otras versiones afirman que esta salsa se originó en el puerto francés de Bayona y que alguna vez se llamó bayonesa. El léxico oficial acepta el vocablo *bayonesa*, pero con otra definición: "Especie de pastel hecho con dos capas delgadas de masa al horno, que llevan entremedias cabello de ángel".

Georges y Germaine Blond en su libro *Historia pintoresca de la alimentación*, por su parte, argumentan que algunos filólogos estiman que la voz *mayonesa* podría derivar del vocablo antiguo *moyeu* que, en la Edad Media, se empleaba para referirse a la yema de los huevos; de *moyeu*, en este caso, habría derivado *moyeunaise*.

Héctor Velis-Meza en: "Palabras con historia", 2011.



Duque de Richelieu (1696-1788)

El aporte de la buena literatura para comprender el mundo actual

* H. C. F. Mansilla

A mí ya muy elevada edad tiendo a repetir unos cuantos razonamientos, que a mí, por supuesto, me parecen importantes. El más relevante tiene que ver con la función filosófica y política que atribuyo a la literatura y al arte. Y así en la soledad de la vejez me digo a mí mismo que en una época de enormes trastornos ecológicos, de un crecimiento demográfico inusitado y de una creciente desilusión con los resultados de los procesos de modernización en Asia, África y América Latina, la literatura y las artes han contribuido a fomentar un razonable escepticismo frente a las grandes certidumbres que caracterizaron a la era moderna. También en las periferias mundiales se empiezan a perfilar el cuestionamiento de las pretendidas leyes del desarrollo histórico, la desconfianza hacia la razón instrumental y la duda frente a los modelos y valores provenientes de las prósperas sociedades del Norte. También en el Tercer Mundo comienza a extenderse la idea de que algunos de los más graves problemas de la actualidad —desde la destrucción de los bosques tropicales hasta el hacinamiento en las grandes ciudades— provienen paradójicamente de los éxitos técnico-materiales del Hombre en su intento de domar la naturaleza y de construir una civilización centrada en la industria y la urbanización, y no necesariamente de sus fracasos en el terreno de los ambiciosos proyectos de “desarrollo integral”.

Una de las ironías de la historia contemporánea reside en el hecho de que los considerados como realistas y pragmáticos (gobernantes, planificadores, empresarios, políticos, dirigentes sindicales y asesores técnicos de toda laya) no han sabido reconocer los efectos negativos y francamente nocivos de la explotación acelerada de los recursos naturales, de la apertura de toda región geográfica a la actividad humana y del gigantismo económico y demográfico. Han sido los artistas y los poetas, los pensadores considerados como marginales y anacrónicos y los escritores que prematuramente descubrieron temáticas controvertidas (es decir: casi todos aquellos denunciados a menudo como idealistas), quienes han podido percibir mejor los resultados ciertamente inesperados y contraproducentes del racionalismo instrumentalista, el cual aún hoy conforma en el Tercer Mundo la casi totalidad de los esfuerzos en pro de aquello que se designa con los conceptos mágicos de progreso y adelanto. Pero los creadores *realmente grandes* no deben ser confundidos con los actuales cultivadores del relativismo y del postmodernismo, es decir con los seguidores acérricos de modas contemporáneas que son obedecidas mansamente por los mediocres y los oportunistas, que conforman, como siempre, la inmensa mayoría de los poetas, artistas y pensadores. Los que se resisten a ser incorporados a las corrientes prevalecientes son los únicos escri-

tores y artistas que merecen el respeto de la sociedad respectiva.

La exitosa cultura contemporánea, basada en la ciencia y la tecnología, ha producido obviamente resultados por demás beneficiosos para toda la humanidad, pero también ha traído consigo la dictadura de la mediocridad, la cursilería y el mal gusto, la pérdida de la solidaridad entre los mortales, la desaparición de la heterogeneidad socio-cultural y la formación de una consciencia colectiva provinciana y frívola, recubierta con un eficaz barniz de falso cosmopolitismo. Frente a este estado de cosas, que empieza ahora a ser visto con una desconfianza creciente, parece indispensable el señalar ante todo el carácter ambivalente del progreso económico-técnico, de la razón técnica y de sus consecuencias prácticas. Lo que puede ser un factor de indudable progreso, como una gran represa hidráulica, puede constituirse en la causa de un desastre ecológico de gran escala, que a largo plazo anule los beneficios del adelantamiento material. Los esfuerzos gubernamentales y privados en favor de la salud pública y de la prevención de enfermedades endémicas, que se iniciaron en la primera mitad del siglo XX, han ocasionado en el Tercer Mundo a partir de 1950 un incremento poblacional de ritmo exponencial y de proporciones inauditas en toda la historia humana, lo que ha significado para los países en cuestión una sobre-utilización de recursos naturales (ahora en clara disminución), un marcado empeoramiento de la calidad de la vida de sus ciudadanos, un erosiónamiento progresivo de sus suelos agrícolas cada vez más escasos y el entorpecimiento de la vida cotidiana típico de enormes aglomeraciones que no pueden desistirse ni de complicados

ordenamientos burocráticos ni de las tensiones socio-psíquicas inevitables en los grandes hacinamientos. Lo que individualmente ha sido sin duda algo positivo —la preservación y el mejoramiento de la vida de las personas— ha significado para los países directamente involucrados un verdadero infortunio y la posibilidad de la autodestrucción del género humano.

En este contexto hay que recuperar algo que es valioso, precisamente porque es un tema incómodo: las normas aristocráticas de comportamiento y discernimiento, la elegancia que viene de generaciones, la distinción que requiere de siglos para consolidarse. Estos hábitos aristocráticos —que no tienen nada de oligárquicos— están contrapuestos a las horribles usanzas de los nuevos ricos contemporáneos y de las plutocracias mafiosas que nos gobiernan. Una visión aristocrática del mundo, del arte y la literatura no tiene nada de reaccionaria. En política está vinculada a una ética estricta de servicio público, su estética tiene bases más sólidas (apoyadas por un depurado buen gusto que ha resistido el paso de los siglos y las edades), y su moral está anclada en un pesimismo fundamental que no excluye el amor al prójimo, la auto-ironía y la lucidez que brinda la consciencia de la propia debilidad.

La literatura y las artes, las realmente buenas y *perdurables*, representan la forma más noble y elevada de la creación humana, la única que merecería sobrevivir a la conclusión de nuestra historia sobre la Tierra. La esfera de la literatura y las artes posee una eminencia superior a las ciencias porque está vinculada con la verdadera inmortalidad. Para escribir un voluminoso tratado erudito se requiere de disciplina y esfuerzo, de rigor y dedicación. Pero

para componer un himno conmovedor (en el sentido de la Antigüedad clásica), para crear un mito que se transforme en el distintivo de una sociedad o para inventar una epopeya que recuerden los siglos, resulta indispensable un toque de inspiración divina.

Escritores latinoamericanos, como José Enrique Rodó, Mario Vargas Llosa y especialmente Octavio Paz, han tenido el mérito de criticar tempranamente el sinsentido de la vida en las admiradas y vilipendiadas sociedades opulentas de Occidente. Según Paz, los políticos de las grandes potencias se han caracterizado por una mezcla de miopía y cinismo, mientras que las masas se han consagrado al “nihilismo de la abdicación”, al “hedonismo vulgar” y al “erotismo convertido en técnica, vaciado de arte y pasión”. De acuerdo a este escritor, el mundo altamente desarrollado es también tal como lo pintan los productos de su aburrida literatura: “túneles, cárceles de espejos, subterráneos, jaulas suspendidas en el vacío, ir y venir sin fin y sin salida”. Este es el mundo que nos espera.

*** Hugo Celso Felipe Mansilla.**
Doctor en Filosofía.
Académico de la Lengua



Elogio de Ernst Jünger

* Pablo Soler

El bosque de los hongos

El gran misterio de los hongos sagrados en México no ha sido develado en su totalidad, ni lo será nunca, sino hasta la consumación de los tiempos. Lo mismo podría decirse, y más en estos tiempos en que muchos andan buscando los poderes sin saber a qué se enfrentan, de las otras plantas de poder, sean o no mexicanas. Hay muchos velos en este enigma encerrado dentro de un acertijo vegetal. Como toda adivinanza, se ha de recordar hoy ese desfiladero en Beocia, que guarda consigo una amenaza para aquel que ha de descifrarla. *Adivina o te devoro.*

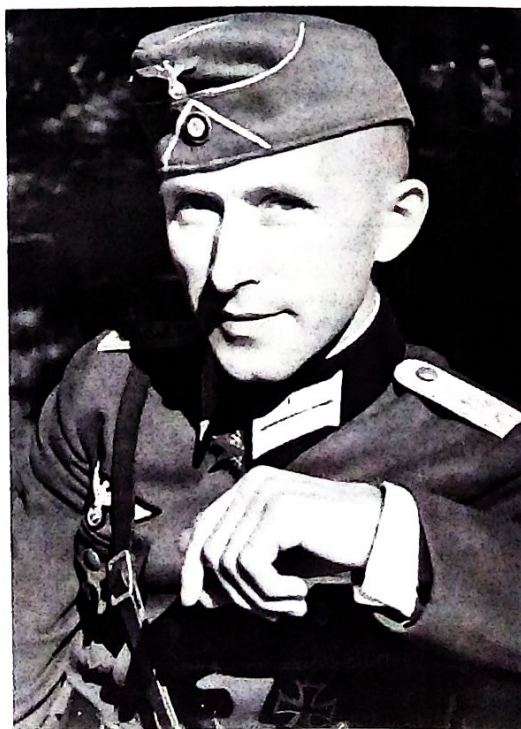
México, como otras pocas naciones, es una entidad espiritual profunda. Es un *tiefpunkt* de la enramada superficie espiritual del orbe. Así dice Jünger en sus *Annäherungen* (1978): "A estos pertenece México cuyo suelo da frutos tan inauditos, que debe ser entendido más como una entidad espiritual que como una unidad geográfica". Porque los frutos de México son frutos de poder y, como escribió el conde Tolstoi, "el vínculo más fuerte, más indisoluble, es aquel que designamos con la palabra poder"; y, como escribe Jünger en *Heliópolis*, "las palabras son el supremo blanco del arquero".

Es en fray Bernardino de Sahagún en donde por primera vez uno, como occidental, encuentra los hongos mencionados explícitamente, y si bien lo que el magnífico nahuatlato escribe puede estar teñido de cierta prudencia, sin duda entendió qué eran y qué gran poder guardaban estas plantas. El *ololiuhqui* y los hongos, usados de distinta manera por los diversos grados de las jerarquías precortesianas en varias ceremonias y rituales, o el peyote, usado por todos los pueblos nómadas de la tierra árida de América para darse valor en el combate y para resistir las largas expediciones, no menos que para mantener vivo su corpus de tradiciones, son parte de ese caudal inmenso que América aportaría al mundo. "Allende de estas riquezas tan grandes, nos envían nuestras Indias Occidentales muchos árboles, plantas, yerbas, raíces, zumos, gomas, frutos, simientes, licores, piedras, que tienen grandes virtudes... Y así como se han descubierto nuevas regiones, nuevos reinos y nuevas provincias por nuestros españoles, ellos nos han traído nuevas medicinas y nuevos remedios con que se curan y sanan muchas enfermedades, que, si careciéramos de ellas, fueran incurables y sin ningún remedio", escribió el médico don Nicolás Monardes cuando, luego de la catástrofe y fundación que significó la Conquista, hazaña y expolio semejantes al asedio y saqueo de Constantinopla por una cruzada desviada, llegaron a Europa tales maravillas. Entre estas no estaban los frutos de poder, por ser para los frailes frutos diabólicos. Aun así, en secreto, se continuaron usando estos frutos de poder, proveyendo de un hilo conductor de sus tradiciones a las destruidas naciones

indígenas. El otro hilo, mucho más fuerte, que garantizó su supervivencia, fue, naturalmente, la religión católica, que, como se dice por ejemplo en la indígena *Relación del Señor Santiago*, "nunca será destruida, ni por roda la eternidad".

Los efectos de la Conquista, que apenas comienzan a entenderse, tuvieron entre otras manifestaciones el hecho de que por fuerza hubo de perderse mucho del conocimiento almacenado en las almas de tantos que murieron, y aunque los nahuas por medio de los frailes cronistas nos legaron mucha de su sabiduría referente a los enteógenos, la condición de tierra de fractura que posee México sigue siendo

evidente. Escribe Jünger en *La tijera*: "Hay terrenos donde, contempladas geológicamente las cosas, se ha conservado una cierta inquietud sísmica... Algo similar ocurre, vistas las cosas geománticamente, en las regiones donde el mito no se ha enfriado todavía, donde aún no se ha convertido en historia pasada. Si buscásemos en esas regiones con un aparato parecido a un contador geiger se producirían en él oscilaciones particularmente intensas. Proclives a eso son los terrenos en que dominaron pueblos que desde luego han desaparecido políticamente, como los celts, los etruscos, los aztecas, pero que se hallan presentes en forma de suelo natal".



Ernst Jünger

El peyote (*Lophophora williamsii*), las variedades del género *Psilocybe*, la *Datura estramonium* o toloache, el *ololiuhqui*, son investigados por Jünger, fiel a su llamado naturalista, de la única forma en que estas plantas pueden ser estudiadas: buceando en ellas. Sus impresiones más sutiles están densamente concentradas en su novela *Visita a Godenholm*, un libro en cifra, que narra varios estupores y viajes. Hay, además, un ensayo dedicado a los frutos de poder, que son sus *Annäherungen*. Allí, como una pieza de análisis muy importante destaca la diferencia que hace Jünger entre lo Verdadero (*das Echte*) y lo que suplanta (*lo surrogate*), diferencia establecida a partir de sus experiencias con los enteógenos. Jünger sabe que lo esencial es inencontrable, plantas o no plantas, sin la Gracia. Justamente por haberse abierto en este siglo puertas que habían permanecido cerradas, otras, franqueables, se han cerrado. Esto ya lo presentía María Sabina.

Una pléyade de escritores extranjeros han escrito acerca de la relación entre México y estas puertas a la percepción: Huxley, Gordon Wasson, Graves, Castaneda, Hoffmann. Ernst Jünger, por la peculiaridad de su mirada, no podía dejar de entrever las inapreciables consecuencias del descubrimiento de una de las "raíces del cielo" en la figura de estas plantas y hongos mexicanos. Jünger no fue nunca un populizador del uso de los enteógenos, sino un historiador y un botánico interesado en las fronteras naturales del hombre y del saber, aun cuando ya sepamos quién hay detrás de la cortina de las estrellas. Ha sido siempre un hombre en busca de los principios del orden. Los enteólogos son tan solo un caso de elementos que emergen en la periferia del dominio mundial y se dirigen con gran fuerza y con gran velocidad hacia el núcleo. "En momentos especiales pueden contemplarse cosas que de ordinario escapan a la percepción, bien por el secretismo propio de lo demoníaco, o bien por su terrible velocidad." La planta como un poder autónomo.

De sus experiencias, vividas junto a Albert Hoffmann, el descubridor del ácido lisérgico, escribe: "La paulonia ha ganado un contorno mexicano; las luces que brillan abajo, en los bloques de viviendas, toman, por momentos, la magia de una nevada cósmica. Podría ser que en una calle o en una estación de tren estuviera, inopinadamente, México".

La pertenencia del LSD a México es, al mismo tiempo, una llave y una filigrana. Lo verdadero no es siempre mágico, pero lo mágico es real. *Visita a Godenholm* propone y resuelve estos enigmas. El cuerpo es el espacio del que disponemos para saber qué es el dolor, pero, en última instancia, uno solo ve lo que trae dentro. Y muy adentro hay más cosas que uno mismo, como escribió Guardini en su libro sobre Dante. Un último apunte, también tomado de la Alcazaba del Cóndor. Jünger supone que, en un futuro no muy lejano, "las élites inactivas descubrieron la herencia de los pueblos nahuas", en un encuentro recíproco, un movimiento ascensional que tal vez esté ya comenzando.

Pablo Soler Frost. México, 1965.

Licenciado en relaciones internacionales.

Tomado de "(paréntesis)"-11

Los vencidos del Chaco de Claudio Cortez

* Freddy Zárate

Finalizado el conflicto bélico con el Paraguay (1932-1935), el ambiente sociopolítico tuvo un aire cargado de susceptibilidades, sensibilidades y sobre todo denuncias al mando militar y civil. Las protestas de la prensa, los partidos políticos, y el sector intelectual que cuestionaba la desastrosa campaña castrense fueron acalladas por la dictadura militar de David Toro, Germán Busch y Carlos Quintanilla. Uno de los aspectos llamativos que instauró el Ejército boliviano a través del Estado Mayor General fue la creación del Departamento de Censura. Este departamento cumplía la función de revisar todo lo que se decía del conflicto bélico. Las visiones de carácter crítico al Chaco fueron divulgadas en el extranjero como fue el caso de Porfirio Díaz Machicao (1909-1981) quien escribió *Los invencibles en la Guerra del Chaco* (Buenos Aires, 1936), entre otros.

El fecundo narrador Claudio Cortez A. (1908-1954) publicó la novela *Esclavos y vencidos*. El libro no registra año de aparición, pero al inicio del libro el autor dedica unas líneas al dictador sulcista: "A la memoria del que fue presidente de la República y jefe supremo de los excombatientes del Chaco Tenl. Germán Busch". Probablemente *Esclavos y vencidos* apareció en 1939. Claudio Cortez cultivó el género literario de la novela para evitar represalias y censura a sus escritos. Sus vivencias existenciales en las arenas del Chaco están recreadas en sus dos anteriores novelas: *Entre sangre y fuego* (s.f.) y *Los avitaminados* (1936). El propósito de Cortez fue exteriorizar sus impresiones profundamente vividas, y todas, saturadas de dolor, miseria y pequeñas grandezas del alma de un pueblo que fue a enfrentarse a un enemigo extraño y a una geografía inhóspita: "Mi intención, no es otra cosa que la de demostrarle lo que no ha visto en la Guerra del Chaco, aun habiendo actuado en ella, y explicar en forma novelada lo que fue esa carnicería con sus pequeñas glorias, con la heroicidad absurda y el sacrificio inútil de los patriotas de corazón (...). En estas páginas encontrarán sentimiento y la expresión de un soldado que ha luchado en los campos de batalla, y ha vertido amargas lágrimas", enfatiza Cortez.

La novela *Esclavos y vencidos* es la descripción de una guerra inútil donde afloraron todas sus taras, sus prejuicios y aspectos discriminatorios de la sociedad boliviana de la década de los treinta. Claudio Cortez inicia el relato con las lágrimas y desesperanzas de una madre de origen aimara que busca los restos de su hijo que fue a la guerra. Nadie le da explicación alguna. Algunos la miran con compasión y otros con desdén. Nadie la entendía o no querían entenderle. Los funcionarios públicos (pugaduría de guerra) la alejaron del lugar porque dificultaba el paso de los blancos y mestizos: "Taciturno con los ojos cegados por el llanto de todos los días salió a la calle y se perdió entre otras indias que también lloraban como ella, por el esposo, por el hijo desaparecido o muerto en los campos de batalla". Todos

los días la mujer se aparecía en las oficinas para preguntar: "¿Dónde está mi hijo?". Al ser un fastidio uno de los empleados le menciona que para tener cualquier información debe hacerlo mediante un memorial: "Aquello de presentar escritos es lo más atroz que podía pedírsele. ¿Quién se los haría? Un abogado. ¿Cuánto le cobraría? Dios sabe. ¿Y ella como pagaría eso?". Estas preguntas no lograron claudicar el anhelo de saber el paradero de *Jancko Mallcu*. Hasta el día de su muerte la anciana madre no supo nada de su hijo.

El personaje que siente los avatares del Chaco es *Jancko Mallcu*. Un joven de 18 años, reclutado en el Destacamento 40 de Infantería el 22 de octubre de 1932. A través de *Mallcu* el escritor Claudio Cortez recrea la vida íntima de muchos soldados aimaras, mestizos y blancos. Las pláticas de la gran masa de conscriptos indígenas era ante todo preguntarse entre sí: "¿Y cómo será la guerra? ¿dicen que tenemos que morir? -Y nuestros hijos, y nuestras mujeres ¿Y por qué vamos al Chaco? ¿Y dónde es el Chaco?". El punto de concentración en La Paz fue la Estación Central. La banda de música llenaba el aire de acordes de civismo: "Eran tantos y los más eran como *Jancko Mallcu*: con sombrero grande y duro de lana de oveja, con sus atadillos y ponchos a la espalda (...). ¡Que hom-

bres! Todos de tez bronceada, con la expresión asustadiza, emocionados, moviéndose torpemente en esas filas". Los guardias exigieron a todos que vitorearan consignas enseñadas por estos: "¡Viva Bolivia! / ¡Viva la guerra! / ¡Abajo el Paraguay! / ¡Viva el Chaco Boreal!". Como muestra de grandeza organizaron un desfile hasta el cuartel de Miraflores. En instalaciones del cuartel, el mando de oficiales rindió discursos patrióticos: "Vosotros soldados voluntarios, animados por el fervor patriótico que os ha impulsado a presentaros, asistiréis a la contienda a la que hemos sido arrastrados por la ambición de un enemigo que detenta nuestro territorio...". Los moradores de la urbe paceña aplaudían al jefe militar, mientras los soldados aimaras se miraban a los ojos con extrañeza, pues nada entendieron de ese brillante discurso.

A pocos días fueron llevados a la estación de ferrocarriles para ser embarcados en las locomotoras rumbo al Chaco: "El gentío llenaba los andenes, promoviendo la gritería y el desorden propio de las despedidas. Los soldados mestizos partían como héroes, con el pecho cubierto de medallas, escapularios y rosarios. Algunos iban ebrios, anunciando a grito en cuello lo que harían con el enemigo, de las derrotas y castigos que le infligirían o entonando canciones populares en las que tras-

lucía la supremacía del ejército boliviano". Los aimaras sin parientes que los despidiesen sólo miraban callados con la pasividad de los desaventurados. En el trayecto al campo de batalla *Jancko Mallcu* veía como los mestizos y blancos desertaban en cada parada. Algún familiar con influencias, una recomendación política, era propicio para huir de la guerra. Al internarse en el infierno verde recibió una fugaz instrucción de manejo de su arma y sobrevivencia. En todo momento -resalta Claudio Cortez- predominó la ridícula idea de regionalismo que llegó acentuarse de modo trágico entre los "hermanos" bolivianos. A los aimaras de modo despectivo y racista los llamaban *repetes* (sinónimo de indio). La conformación de camarillas de "clase" blanca o mestiza acarrearía favoritismo. Estos hechos cotidianos de segregación sistemática produjeron un odio manso de los aimaras a sus "camaradas". En el mismo campo de batalla *Jancko Mallcu* no sabía por qué disparaba a los "pilas". Al igual que muchos *repetes* consumía sus balas de manera estrepitosa y se quedaba oculto sin saber qué hacer, escuchando explosiones y ráfagas de balas. Vea caer cuerpos bañados de sangre, soldados mutilados, llanto, desesperanza y un creciente resentimiento a los "pilas" y a sus propios compatriotas. El soldado *Jancko Mallcu* es herido en el campo de batalla. Tras permanecer en sanidad es devuelto a la línea de combate. En una de esas acciones militares *Jancko Mallcu* desapareció en las arenas del Chaco sin dejar rastro alguno.

A ochenta años del fin del conflicto bélico con el Paraguay prevalece una visión acértica. La generación actual a pesar de estar distante con los sentimientos de heroísmo desproporcional de la década de los años treinta sigue concibiendo una visión dogmática de los actores del Chaco. La generación de la "conciencia nacional" del Chaco queda reducido a esta plática de soldados abatidos: "La guerra perdida... y pensar que debíamos llegar a Asunción (...). Ya no tenemos derecho a esas tierras, no tendremos honores ni gloria, los hijos de nuestros hijos renegarán de esta guerra absurda, maldicearán a esta pobre y miserable generación y pisotearán nuestra memoria... Merecemos que nos castiguen, que nos escupan la cara". A lo cual, otro combatiente le responde cínicamente: "Oh no creas, veras como se levantarán monumentos y se torcerá la historia, engañarán a las generaciones futuras y les harán creer en grandes jefes, en coroneles de agallas y seguirán alucinándose con las glorias de esta guerra".

* Freddy Zárate. La Paz.
Abogado.



La esencia de la vida literaria está en leer, que es una actividad mental y solitaria, aunque puede vivirse como un diálogo, hasta con cierta animación corporal. Por esto, como señaló Vasconcelos, hay libros que se leen de pie; hay libros que nos mueven a hacer cosas, tomar, notas, consultar un diccionario, ver el jardín con otros ojos. Por esto, también, una extensión normal de la vida literaria es compartir esa animación hablando de la experiencia de leer, de lo que dice el libro y cómo lo dice, de lo que gusta o decepciona. Ese diálogo estimulante puede extenderse a la actividad de escribir, también mental y solitaria, dialogal, animada, ambulatoria.

Hay muchas extensiones de la vida literaria. Algunas tan indirectas que no requieren la lectura. Algunas tan ajetreadas que no dan tiempo de leer. Paradójicamente, las actividades que pueden prosperar sin necesidad de leer, han llegado a ser vistas como "la vida literaria".

1. Conocer nombres de autores y de libros en cápsulas informativas y valorativas de enciclopedias, solapas de libros, cubiertas de discos, letreros de museos, programas de espectáculos, anuncios, noticias, entrevistas, frases o juicios escuchados. Información valiosa para alternar en la conversación, orientarse y elegir, porque no hay tiempo de leer todo, y las noticias pueden funcionar como lectura previa, en muchos casos más que suficiente.

2. Conocer libros por la encuadernación, la tipografía, las ilustraciones. Mejor aún, tenerlos en opulentas bibliotecas, para sentirse acompañado y enseñarlos, así como fotos, bustos, ediciones firmadas y otras reliquias de autores eminentes. Objetos que dan calor (no solo prestigio) cultural, que decoran, ambientan, embellecen, y que no hace falta leer.

3. Conocer autores por la encuadernación social. Estar al día de chismes literarios, artísticos, culturales, con todas sus ramificaciones sociales, sexuales, conflictivas, de fama, de poder, de fortuna. Mejor aún, tratarlos personalmente y de tú, en reuniones que pueden conducir a una familiaridad de muchos años, aunque no necesariamente a la lectura.

No faltan tímidos que se avergüenzan de estar en una cena de homenaje a un autor, por su reciente libro, sin haberlo leído. Pero la gente más mundana sabe que lo importante es el brindis, la alegría, el sentirse parte de una comunidad culta, las sabrosas ocurrencias y chismes de la celebración: lo que dice la fiesta, no lo que dice el libro.

Tampoco faltan inocentes que dan excusas por lo caro que están los libros, lo difícil que es conseguirlos (no lo tuvieron en cuatro librerías) y la falta de tiempo para leer; aunque el libro

cueste menos que la cena, y leerlo tome menos horas que reunirse, celebrarlo y volver a casa.

Lo importante de las reuniones son las reuniones, no los libros, aunque se hagan con el pretexto de los libros. Lo importante de tratar a los autores es tratarlos, no leerlos. Convivir con el *Establishment*. Dejar caer, como no queriendo, la alusión que provoca la sorpresa: Pero... ¿lo conoces?

4. Organizar actos públicos de presentación de autores y libros. Suelen ser menos divertidos que las cenas privadas, pero más democráticos: la entrada libre es una oportunidad para los no invitados a las cenas. Ahí está, lo pueden ver, quizá hasta dirigirle una pregunta. Pueden sentir que forman parte de la vida literaria. Quizá (aunque el porcentaje no es muy alto) animarse a comprar sus libros, sobre todo si los firma con amables dedicatorias. Pero si fuera posible saber cuántos leyeron el libro, antes o después del acto, y no solo del público (escaso, pero admirable, frente a las peripecias de llegar a tiempo), sino de los mismos organizadores y presentadores, quedaría claro para qué es el acto.

Lo importante de la presentación de libros es la presentación, no la lectura. Lo importante es

el montaje teatral de un acto que sirve para adquirir presencia en la vida social, pagando anuncios y generando noticias en los periódicos, la radio y la televisión. Para lo cual es innecesario que los participantes hayan leído el libro o piensen leerlo. Basta con que se difunda la manifestación de que el libro existe, el autor existe, la editorial existe, los distinguidos oficiales del acto y la institución que lo cobija existen, en beneficio de todos ellos. Lo importante es lo que dice el acto, no lo que dice el libro.

5. Promover el periodismo cultural. Los diarios de la Ciudad de México publican en conjunto más páginas culturales que los de Nueva York o París. Se trata de un fenómeno relativamente reciente, que en el primer momento pareció un avance, y lo es: para todo lo organizado en función de no leer. Las páginas culturales hacen resonar los nombres de los autores, libros, instituciones; para lo cual bastan los encabezados y las fotos, sin necesidad de leer, ya no digamos los libros, sino los artículos de las páginas culturales, por lo general sin interés. Lo importante es el tamaño de los encabezados, la asignación de espacio, de lugar, de color: lo que dice el editor, destacando o relegando; no lo que dicen los textos, muchos de los cuales son simples glo-

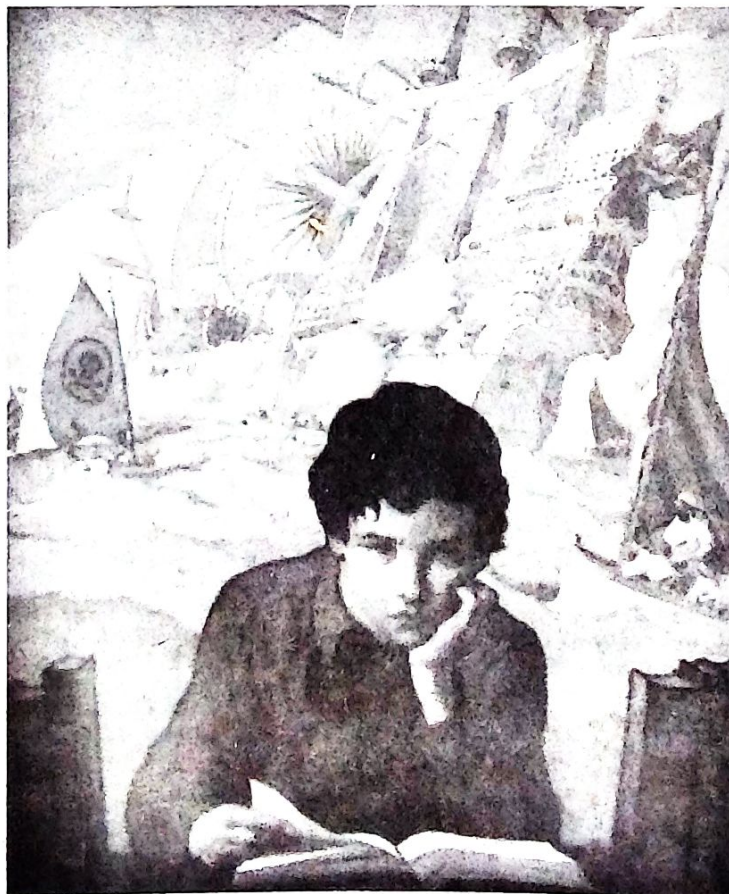
sas de anuncios, invitaciones, solapas y boletines de relaciones públicas. En las páginas culturales no abundan los artículos inteligentes y bien escritos de un autor que ha leído a otro, que sabe de lo que está hablando y opina con sinceridad.

Cuando no había docenas de páginas culturales diarias, sino unos cuantos suplementos semanales, las mejores plumas hacían comentarios de libros, y los jóvenes talentosos se disputaban el privilegio de alternar con los consagrados, escribiendo reseñas mal pagadas en dinero, pero bien pagadas con abundantes libros que les permitían leer, leer, leer. Desgraciadamente, las mejores plumas consagradas y juveniles no se multiplicaron por veinte o treinta, cuando las páginas culturales se multiplicaron por veinte o treinta. Para llenar tantas páginas, llegaron los universitarios que estudiaron comunicación, tan antiborradados de clases sobre cine, televisión, radio, periódicos y revistas; tan conscientes de que los nuevos medios son un avance sobre el libro, y está en curso una mutación hacia la imagen; tan absorbidos por el ajeteo del acontecer, que no tienen tiempo de leer.

¿Cómo pueden jerarquizar los acontecimientos literarios aquellos que no leen? Dando por supuesto que el verdadero acontecimiento no sucede en el texto milagroso, sino en los actos sociales que lo celebran. Jerarquizando socialmente, como se jerarquizan las bodas, las solemnidades oficiales, el lanzamiento de nuevos productos; no literariamente, como se jerarquizan los textos maravillosos o decepcionantes. Si el texto maravilloso se publica sin ningún ruido social, no es noticia para la prensa, aunque la noticia corra de boca en boca entre los que sí leen. Por el contrario, un texto decepcionante, pero firmado, publicado, presentado, por personas e instituciones con poder de convocatoria social, sale en los periódicos y en la televisión, aunque la decepción corra de boca en boca entre los que sí leen.

Es posible que el ruido en los medios sea la extensión de lo que corre de boca en boca, pero no es necesario. En primer lugar, porque el ruido suele ser positivo. El aparato cultural no hace ruido para decir que se equivocó. Pero, sobre todo, porque el ruido no necesita la lectura. Puede empezar de cualquier manera (por la amistad, el accidente, la promoción de los interesados) y, a partir de ahí, reverberar de unos medios a otros. ¿Cómo jerarquizan los periódicos a los autores? Por el espacio que les dedican los otros periódicos. Por su presencia en la radio y la televisión. Por los puestos que tienen, sobre todo en el aparato cultural. Por las solapas de los libros y los boletines de prensa. En los cielos de la buena prensa, lo que hace ruido sonará más; y lo que suena poco será silenciado.

Pero, ¿dónde acontece la vida literaria sino en la página leída? De ese acontecimiento, casi no hay nada en las páginas culturales. No es noticia, no es chisme, no es imagen fotográfica. Además, toma tiempo. Es más rápido entrevistar a un escritor que leer sus libros. En cierta





r y no leer

riel Zaid

forma, es como haberlo leído en un rato y amablemente, en vez de pasarse horas, días y semanas leyéndolo. Es como invitar al público a las cenas íntimas del *Establishment*. Más aún, si el entrevistador logra colarse hasta las recámaras de lo inóclito con el periodismo Mata Hari: fingirle amor al entrevistado, hasta sacarle una declaración que lo hunda.

El periodismo cultural se ha vuelto una extensión del periodismo de espectáculos. Lo importante son los titulares, las fotos, las entrevistas y los chismes de las estrellas, para estar al día y tener de qué hablar como persona culta, sin necesidad de leer.

6. Dar premios y distinciones. La gente con experiencia en juntas de trabajo sabe qué fácilmente se puede participar sin haber hecho la tarea; qué peligroso es suponer que todos leyeron y estudiaron la documentación necesaria para votar y decidir. Lo mismo sucede en las sesiones para elegir nuevos miembros de doctas academias, conceder honores, distinciones y premios, sin leer.

Para simplificar, ignoremos los casos donde pesan mucho los intereses extra literarios, porque entonces, por definición, sale sobrando leer la obra. Son más significativos los casos inocentes: aquellos donde, sin presión alguna, los jurados se enfrentan a responsabilidades inhumanas. Si la persona es un encanto en las cenas, si sale en los periódicos y la televisión, si tiene buen currículo (es decir: si los jurados anteriores hicieron su tarea y dieron su aprobación), si me han hablado de sus muchas cualidades, es absurdo que, en este mal momento, deje todas mis tareas pendientes para ponerme a leer sus libros y los de todos los demás candidatos. Así se vota de oídas, ateniéndose al trabajo de los que hicieron su tarea. Claro que si nadie la hizo, y los jurados anteriores tampoco, los resultados pueden ser vergonzosos: ignorar obras valiosas que no fueron leídas; encumbrar a mediocres que no han sido leídos; multiplicar los intereses creados a favor del ruido, no la lectura.

Para corregir estos errores y omisiones del canon, hacen falta lectores denodados, con talento, valor civil y muy buena suerte, porque, una vez consagrada una obra mediocre, una vez que la avalan personas e instituciones de peso, no es razonable esperar que se desdigan; lo razonable es suponer que el contradietor lee torcidamente, por ineptitud o motivos inconfesables. En 1918, ¿quién se hubiera atrevido a pensar, ya no digamos a decir, que un poeta celebrado por José Vasconcelos y Carlos Pellicé, prologado por Rafael López y Antonio Castro Leal, comentado en *The Saturday Evening Post* y *The New York Times Review*, no tenía importancia por sus textos, sino por el ruido que lo acompañaba? Para ganar esa batalla absurda, hubiera tenido que ponerse a leerlo en serio, estar dispuesto a refutar el consenso favorable, tomarse todos los trabajos del caso y encontrar apoyo para sus opiniones. Algo tan pesado, improbable y sospe-

choso como conseguir presupuesto, ayudantes, laboratorios, para refutar los experimentos científicos de un premio Nobel. Hoy que ya no se habla de Pedro

Requena Legarreta, menos aún hay quien lo lea. Pasó de ser famoso, sin ser leído, a quedar descartado, sin ser leído.

7. Estudiar letras. Alguna vez, Huberto Batis relató una experiencia deprimente. Dando clase en el último año de letras, tuvo una sospecha que lo obligó a preguntar: ¿Cuántos de ustedes han leído a López Velarde? Silencio general, y una sola mano que se alza, con explicaciones desoladoras: vínculos familiares en la tierra natal del poeta... En otras disciplinas y países se cuentan cosas semejantes. Una notable (porque revela cómo el mundo académico se ha vuelto burocrático, y tiende a modelarse en la figura del ejecutivo, no del lector) empieza con la extrañeza de un director de tesis ante cierta afirmación: ¿Cómo puede usted decir tal cosa, si su bibliografía incluye tal libro? ¿Lo ha leído realmente? Breve respuesta ejecutiva: no personalmente.

La mala prosa en las ciencias sociales se ha vuelto casi un requisito (los historiadores, sociólogos, psicólogos, que escriben demasiado bien se vuelven sospechosos de poca profundidad). Pero en los trabajos literarios es una contradicción. La mala prosa sobre las bellas letras demuestra poco entendimiento del juego literario, incapacidad de lectura de los textos propios y ajenos. Demuestra que lo importante es el juego académico, no el literario. El gusto, la malicia, la pasión de leer, son loables, pero no hacen falta para acumular puntos curriculares.

8. Publicar libros. Un excelente editor holandés, Carlos Lohlé, me contó alguna vez cómo ascendió de alto ejecutivo de una editorial europea a editor marginal en Buenos Aires. La transnacional se metió en problemas publicando un libro que traía barbaridades imperdonables. Se hizo una investigación a fondo en todos los departamentos y resultó que nadie lo había leído. Pero ¿cómo podemos publicar libros que no leemos? Porque no estamos organizados para leer, sino para alcanzar metas de crecimiento, producción, ventas, rentabilidad. Si yo leyera personalmente todos los libros que publico, ¿cuántos podría publicar?

Poquíssimos, porque tengo que leer diez para publicar uno; y, si no tengo tiempo de leer más que dos o tres por semana, no puedo publicar más que uno al mes. Admirablemente, Lohlé aceptó sus conclusiones y renunció, para poner una editorial donde pudiera responder de cada libro como lector, no como ejecutivo que confiesa: ¿Lo leíste? No personalmente.

No hace falta decir que sus cuentas valen para todo el mundo del libro: lectores, libreros, bibliotecarios, promotores, distribuidores, editores, periodistas, críticos, profesores, investigadores, autores. Y que todas las aberraciones derivan de esa realidad aplastante: no se puede leer



tanto. Para que la máquina siga andando, tiene que organizarse en función de que leer es bonito, y muy recomendable, pero no necesario.

Para opinar en una cena de las últimas novedades literarias, intelectuales, artísticas, dando por supuesto y ya leído todo lo anterior, desde los clásicos, hay que tener noticias, no lecturas. Para leer todo lo que publican las personas que conocemos, hay que dejar todo, y dedicarse nada más a eso; o romper con la sociedad y vivir en el desierto; o no leer, sino tratar, a los autores, y conocer sus libros por los títulos, las solapas, las entrevistas, los premios y distinciones. No lo pueden tomar a mal, porque ellos hacen lo mismo. En el mutuo envío de libros, lo importante es la participación de boda o de bautizo: lo que dice el gesto de acordarse de un amigo o conocido, no lo que dice el libro.

Hasta llega a haber casos en que ni los autores han leído lo que publican. Sucede con algunos personajes ocupadísimos, pero deseosos de firmar libros. Ocupadísimos, pero deseosos de que no escucharon ni los otros ponentes y nadie leerá, porque se imprimen para aumentar el capital curricular de los participantes y las instituciones. O por el ancho mundo del *non-book*, organizado y producido (dirigiendo el trabajo de ayudantes), más que escrito. O con algunos escritores prolíficos que escriben sin parar y sin leerse, algunos nada mal. Cuando aparecieron las computadoras personales, le regalaron una a Isaac Asimov (autor de cientos de libros), pensando que lo celebraría mucho. Los decepcionó: está bien para los que reescriben. Yo prácticamente no corrijo. Y como mi teclado en computadora no es más rápido que en máquina de escribir, produce lo mismo.

Cuando Brezhnev presidió el Supremo Soviet, publicó un libro traducido a docenas de idiomas, presentado en una multitud de mesas redondas y reseñado elogiosamente por todo el planeta, aunque es posible que no lo haya leído ni él, ni sus editores, ni sus presentadores y comentaristas. Muchos libros costosísimos que publican las grandes empresas para celebrarse a sí mismas, o como regalo de Navidad, siguen el mismo camino: de la celulosa convertida en el papel impreso al papel impreso convertido en celulosa. Pero no importa. En los circuitos del aparato resonador, lo importante es que la celulosa reciclada una y otra vez genere resonancia, no lectura.

Algunos monjes creen que la oración sostiene el mundo. Que si todo no revierte a la nada es porque nunca faltan almas piadosas que rezan desde el fondo de su corazón. Creamos, inocentemente, que si el mundo del libro no se reduce a la circulación de celulosa, es porque nunca faltan lectores de verdad.

**Gabriel Zaid. México, 1934.
Escritor identificado con la
"Generación de Medio Siglo".**

Tomado de: "El malpensante" n° 17

Guardemos las viejas liras - 1898

* Agustín de Pórcel

Tengo a la vista, sobre mi mesa, donde medito y me huyo visiones, unas cuantas revistas literarias, venidas de países queridos: Sucre, La Paz, Salta, Potosí, Córdoba. Ellas me traen un himno eterno: la poesía, y a su vista se agolpan mis recuerdos, sueño, evoco; la vida juvenil en su carro de oro pasa; reconozco la enorme distancia recorrida; es una historia larga donde lo trágico y lo cómico se confunden, y la palidez del tiempo pasado se esfuma en un panorama lejano. Después leo... y ya no recuerdo, ya no evoco más; me asaltan ideas impacientes, que quieren hablar, que quieren desprenderse de las frágiles mallas del cerebro, viajar, buscando esas almas jóvenes que han derramado su pensamiento en las estrofas que firman, y decirles: "Antes que los prejuicios y el estacionarismo llene vuestra fe de artistas, ófídmelo un poco, un poco no más, como a un compañero en la aspiración por la belleza, como a un hermano en el viaje que hacemos a la meta celeste de lo hermoso y de lo perfecto."

Estamos en el comienzo, y hace tres siglos que hemos principiado nuestra vida literaria. La misma leche moral que sustentó a los viejos y vigorosos clásicos y que después degeneró en la sensiblería romántica, es la que sirve de alimento a la juventud de las patrias americanas, formando esa fisonomía uniforme, sin alma propia, sin vida nueva; que es una historia, su labor, con pocas páginas de oro.

Apenas uno que otro esteta ha cruzado el camino que recorremos; apenas una que otra alma exquisita ha surgido en nuestro mundo y pronto ha caído, se ha ahogado en el ambiente lacrimoso y lamartiniano de los dolores triviales, sin dejar la huella luminosa que imprimiera el genio, y que como una vía láctea en el cielo poético, fuera el cosmos de los mundos ideales, de nuestras, visiones de arte, ensanchando el horizonte de lo bello.

Todavía repetimos candorosamente aquel trivial aforismo falso de que nuestra vida literaria es joven, como si trasda la civilización europea, hubiese sido renovada en nuestra sangre, hubiese adquirido más amplias y genuinas tendencias. Hemos seguido la misma ruta de los viejos maestros; las fuentes donde hemos bebido la sacra inspiración son las castalias donde bebieron más de diez generaciones pasadas, sin reformar, ni añadir, degenerando tal vez, con el criterio igual, el sentimiento idéntico, como si el tiempo innovador y transformador no hubiese llegado hasta nosotros y no hubiésemos adquirido la sapiencia y la noción poética de muchos años de fecunda creación. Las letras gayas en la América del Sud no tienen todavía un genio, una escuela, una iniciación propia que diera carácter, tendencias e hiciera germinar las vocaciones al supremo bien; hacer un nuevo Olimpo con dioses fuertes y bellos, cabezas de Palas y de Minervas, que tocando en la mente los tímbriles de plata (como dice Almafuerte),

interpretaran la armonía de todas las cosas que tienen luz, color, forma y vida.

Tal vez Buenos Aires, dentro de algunos años, en esta parte del mundo, sea la Roma genial, la Atenas plástica, el París cosmópolis de lo intelectual; que la flauta de Pan suene en su enorme cerebro de plata, donde todas las sangres se mezclen, donde todas las razas colmenen en el panal todavía diforme; y despierten las almas su eco, vuelen las abejas del pensamiento y recojan la miel de la flora virgen, y la mezclen con las exóticas flores del trágico Simbolismo ibseniano, con las místicas azucenas *verlegianas* y las, rojas sombrías, amapolas de D'Annunzio.

Especialmente, la poesía necesita de una vez cambiar sus barrocos y viejos moldes, si no quiere hacerla aborrecer como esas armonías que por vulgares y demasiado oídas son una obsesión odiosa, que no despierta en las almas la más mínima sensación, ni deja el más pobre germen de belleza. Basta ya de llorar los desdenes femeninos sin verdadero sentimiento ni dolor, con frases iguales, que unos a otros se imitan, con estilo sin arte ni amor, trivializando desesperanzas no vividas, rela-

tando ensueños sin imágenes, sin las visiones de lo extraordinario, de lo supremo, de lo hermoso, de lo pasional; cantando endechas sin beldad, con platonismos afeminados donde no late el amor que es la exaltación de todas las intuiciones bellas, de todas las savias del corazón que es la pasión, el drama, la tragedia o que es la ternura fecunda, la floración de nuestra sangre, a no ser que la poesía del amor inspire también al eunuco, como una autonomacia, fogosos cánticos eróticos.

No es que debemos amar precisamente la asimilación exótica, ni hacer que invernen nuestras almas en climas intelectuales de índole diversa a nuestra naturaleza; pero lo bueno no tiene patria y todos debemos recoger lo nuevo, lo original, lo genuino de los tiempos, de los cambios.

El eclecticismo que no destruye, que ama más bien con un amor universal todo lo que es manifestación hermosa, todo lo que aspira a ser arte, buscando la fuerza de evolución de la naturaleza, que se renueva en cada impulso, la savia; mezclar lo exótico con lo genuino, hacer germinar los perfumes en la flora virgen con el cambio de trópico; en una palabra, producir lo real-

mente armonioso y sensible; hablar de las cosas que no tienen lenguaje de palabras, e iniciarse en la concepción de lo grande, de lo genial.

La estética ha cambiado; el poeta mismo ya no es un vate, ni un divino: no es más que un artista, un doble alma que ve las formas más misteriosas de las cosas, que traduce las notas más ocultas de la armonía universal, que siente enjugar el dolor en la fibra y bullir el placer en la sangre; ya no es la lira eólica, es el instrumento colosal de la naturaleza que vibra en su alma de esteta, y nos transmite con palabras que son símbolos, que son claridades como auroras boreales, que son armonías que evocan en las almas las sensaciones de la vida amplia, de la vida profética, que impulsa a las ideas todavía no vividas, a los pensamientos sin cuerpo que duermen en el fondo de la concepción, en el mundo doble del cerebro.

Desde la época romántica, tan fuertemente impregnada en la América Latina, cada diez años, una nueva generación intelectual se ha levantado; de ahí las escuelas *parnasiana*, *realista*, *simbolista*, *neomística*, *evangelista* y por último la intrincada escuela *decadente*, donde cada poeta, con los cuatrocientos que solamente Francia ha producido, ha procurado tener fisonomía propia, especialmente estos últimos, los decadentes, han hecho en cada verso el compendio de muchas historias pasionales, buscando en las formas complicadas de su visión, la diabólica hipérbole, la paradójica extravagancia de las cosas, con el ritmo sin forma académica.

Levante, pues, la vista, la juventud intelectual, por encima de los románticos infolios, de las largas filas de romances, de las cuadradas estrofas con fuertes consonantes que huelen a esfuerzos ímprobos, aborto de ripios y de banalidades y vea y escuche que ahí pasa el núcleo brillante, por el lado de Francia el enorme Leconte de Lisle, resucitando el antiguo parnaso en el panteón olímpico encontrando el alma humana engrandecida por los hechos desde los tiempos bárbaros; el traqueteo incesante de la labor ardua, la tragedia colosal del hombre, la peregrinación eterna hacia el bien, hacia el arte.

Después viene *Verlaine*, ese miserable genial, mostrando su poder como un nuevo Job, pero teniendo su alma de oro en la mística aspiración desde el fondo de su caída viciosa; y detrás de estos, los innumerables nuevos; y más allá, en el país Noruego, entre los hielos, veréis surgir al viejo nívico, a Ibsen, misterioso visionario que nos dice: "Todo lo he encontrado en mí ser; todo ha salido de mi corazón". El símbolo viviente, el apotegma sublime, el conflicto problemático de la vida, la trágica muchedumbre que ciega y brutal rompe el bien que ansía.

Si queréis ver más, en las estepas rusas está el evangelista Tolstoi, cristiano como un redentor: la fe de su alma es terrena y busca el bien en el reino de los hombres, y seguid la innumerable pléyade, que nuestro siglo es un siglo de pensamiento enorme, con un horizonte colosal lleno de astros y de estrellas.

* Agustín Pórcel (1877-1911).
Publicado en "El Tiempo" de Potosí, periódico de Omiste.



Sor Ana María

* Alberto Ostria



El hábito le da apariencia de imagen. La palidez de sus mejillas acentúa el color negro de sus ojos, las cuencas moradas de sus ojeras, la fina pincelada de sus cejas. Sus manos exangües, delgadas, largas —diríase hechas de cera— van a esconderse entre las mangas del hábito, como palomas.

Hace dos años que llegó al convento, dos largos años. La han llevado allí por fuerza. Ella ha resistido tenazmente; pero los que mal la quieren han acabado venciendo.

Después, poco a poco, en sus labios de muñeca ha ido marchitándose la flor de su sonrisa. Han muerto casi todas sus ilusiones. Últimamente, ha sufrido el peor de los desengaños al convencerse de que las demás monjitas, que parecían hechas solo a la bondad, la resignación y la virtud, no pasan de ser mujeres vulgares, ignorantes, malas, verdaderos fanioches que no se cansan de repetir —sin pensar—, las mismas oraciones incomprendidas, las mismas plegarias sin sentido. Además, ha visto que en el convento hay lo que tanto se ve en el mundo: odio, envidia, perversidad y que quizás más que en el mundo mismo, mientras las virtudes se achican, crecen los defectos...

Sor Ana María —así se llama la monjita— ha acabado alejándose de las otras. Al verla sola,

triste, sin amigas, la Madre Abadesa suele decir: —A Sor Ana María la roe el pecado del orgullo. ¡Pobrecilla!

Sor Ana María, al saberse compadecida, compadece también a la infeliz vieja, porque tal vez es esta la única buena entre todas las malas. Pero se calla. Tiene miedo de llorar a tiempo de responder. Y, apresuradamente, se aleja a lo largo de los corredores, seguida de las miradas burlonas de las monjas.

Pasan los días, pero pasan muy lentamente, y son muy largas las horas de esos días. Sor Ana María se cansa de rezar y entonces acuden a su mente los recuerdos, los ensueños, hasta los malos pensamientos... Acaba encerrándose en la biblioteca y allí huronea los estantes y lee libros viejos, apergaminados, sucios de humedad y de polvo, casi todos ellos vidas de santos, relatos milagrosos, historias sagradas. Leyendo esos libros, se olvida de que lee.

Otras veces, ansiando soledad —jella tan sola siempre!— va al cementerio del convento, donde se alinean unas cuantas crucecitas negras, estrujadas por la hierba, formando una callejuela estrecha en la que el pasto crece incesantemente. Allí, Sor Ana María piensa en las muertas: desfilan por su mente otras monjitas a quienes imagina semejantes a ella. Y las ve a todas

pálidas, entristecidas, marchitadas en plena juventud, ansiosas de vivir otra vida.

Así las ve Sor Ana María, y luego piensa con horror en el tiempo largo que quizás han vivido esas monjitas antes de encontrar la paz del cementerio. Dos lágrimas se prenden en sus pestañas crespas. Se muerde los labios para no echarse a llorar a sollozos. Y sus manos exangües, delgadas, temblando siempre como palomas enfermas, buscan apresuradamente un pañuelito entre las mangas del hábito.

A ese tiempo, pasa el jardinero y saluda: —Buenas tardes nos dé Dios... Se santiguan los dos. Y ella se aleja del cementerio.

Luego, en el semioscuro corredor, Sor Ana María, silenciosamente, se acerca a la fila que forman todas las monjas. Como ellas, sube las escaleras paso a paso, sin hacer ruido. Ya en el coro, mientras todas rezan, Sor Ana María toca el órgano y, a veces, canta. Sus dedos ágiles, largos, marfileños, se pierden en la blancura de las teclas. Suenan los acordes graves, prolongados, y parece que esos acordes esparcieran en la atmósfera una gran pena, una pena huraña que se arrastra a lo largo de los muros y acaba escapándose, a través de las rejillas, hasta la torre de la iglesia donde ha callado ya el bronce de las campanas.

Cuando Sor Ana María canta, su voz de niña —clara, pura, cristalina— le lleva a los labios, desde el pecho, todos sus dolores, todas sus angustias, todos sus sentires de mujer desgraciada. Y cierra los ojos, como si fuera a morir.

La mano áspera, sarmentosa, de la Madre Abadesa la llama a la realidad. Siente unos golpecitos en el hombro. Y escucha siempre la misma frase, en el mismo tono siempre: —Al refectorio, Sor Ana María.

Llegada la noche, en su celda ya, Sor Ana María se sienta en una tosca silla de cuero y dormita. Su imaginación se desboca entonces. Piensa en su infancia, en los cuentos de su infancia. Desfilan hadas, magos, príncipes. Y ella acaba soñando que es la hija de un rey, a la que algún día ha de venir a buscar, hasta la cárcel del castillo, un galán muy corajudo y muy bello. De pronto, la despierta el crujido de una mesa o el chirrido de un grillo. Del jardín, por la ventana abierta, penetra un olor a tierra mojada, a frutos maduros, a flores, a fecundidad.

Al acercarse al lecho, Sor Ana María mira su cuerpo y lo encuentra muy bello. Entonces reniega de su hermosura. ¿Para qué le sirve su hermosura? ¿Quién la ve, quién la admira, quién la desea? Esta hermosura es más bien un tormento. Porque por eso la envidian las otras monjas. Además, con la conciencia de la hermosura la asaltan los malos pensamientos. Hay días en que quisiera hacer el don de su cuerpo. La desespera el saber que cuando llegue la vejez ha de arrugarse su rostro, han de enturbiarse sus ojos, ha de manchársele la piel y ha de pasar a ser toda ella un fanteche como las otras. Ha presentido que en el claustro envejecen muy pronto las mujeres, quizás porque los años son más largos y porque por falta de vida la carne se acerca más pronto a la muerte.

Sus labios finos, labios de muñeca, frescos como los bordes de una herida, acaban besando con desesperación los pies del Cristo, del Cristo

mudo, indiferente, frío: del pobre Cristo que, de haber sufrido tanto, parece ya no saber sino de sus propias penas...

Día de año nuevo. La iglesia de las monjas Mónicas está de fiesta. Afuera, repique de campanas. Adentro, casullas doradas, encajes, sedas, mantillas negras, entorchados y, envolviéndolo todo, nubes de incienso. En los rincones del templo hay rostros en los que la semioscuridad finge bellezas. Se oye confuso rumor de los rezos. Tosen, cuchichean unas cuantas viejas, al pie de una columna, muy cerca del altar mayor.

Principia la misa. Entonces el órgano deja escapar sus primeros acordes. Luego, canta en el coro una de las monjitas. Es Sor Ana María. Como siempre, su voz de niña —clara, pura, cristalina—, le lleva hasta los labios, desde el pecho, todos sus dolores, todas sus angustias de mujer desgraciada.

Las miradas de los fieles se vuelven hacia el coro. Hay corazones que palpitan apresuradamente. Un oficial que está cerca del coro, mira con mayor insistencia que todos. Es un oficial joven, bello, fuerte. Durante la misa, el oficial parece haberse olvidado de que está en el templo. Solo mira hacia el coro. Cuando el sacerdote levanta la sagrada forma, un vecino le dice que se arrodille. Él obedece, se santigua, e interiormente le pide perdón a Dios. ¿Por qué le pedirá perdón a Dios el oficial?

Ha acabado la misa. Todos salen. El oficial acerca su rostro hasta la reja del coro y mira. Allí, en la penumbra, una de las monjitas ha levantado su velo para ver y hacerse ver. Y el oficial sale llevándose el recuerdo de unos ojos grandes y muy negros.

La mandadera del convento es una vieja codiciosa y astuta. Las monedas del oficial han enloquecido a la mandadera. Ella ha hilvanado proyectos y ha hecho desaparecer uno a uno todos los obstáculos. Por las noches hay un hombre que entra en el convento de las Mónicas aprovechándose de una escala. La vieja vigila en la calle y tiene un miedo horroroso de que todo se descubra. Felizmente, tanto a la vieja como a los amantes le acompaña la suerte. Sin embargo —que no en balde se breve la dicha—, una noche la Madre Abadesa ve un bulto. Se asusta la buena vieja. Mas, la curiosidad vence al miedo, y la Madre Abadesa espía. Al penetrar en la celda de Sor Ana María, la Madre Abadesa ha descubierto toda la verdad...

Como él se ha visto obligado a huir, hace tiempo que Sor Ana María se muere de pena. Sin embargo, no olvida que le juró volver, y espera, espera todos los días, espera siempre.

Espera... ¡Pobre Sor Ana María!

**Alberto Ostria Gutiérrez. Sucre,
1897 - Chile, 1965.
Escritor, político y diplomático**

De su libro *Rosario de Leyendas*:



Gustavo Adolfo Becerra

Gustavo Adolfo Becerra. Chile, Carahue - 1954. Miembro de la Sociedad de Escritores de Chile. Autor de *Los cifrados del agua*. Coge los dolores de su pueblo y crea una escritura rizomática donde las cosas y los seres humanos conversan y se redescubren en una retahíla de múltiples relaciones. Es deslumbrante belleza, como la luz al final de un túnel: la luz de la eterna poesía, que en este poeta se renueva de forma inusitada.



Últimos cantos de las aguas

Fragmento

Las flores y los renacuajos
participan de la luz.
La sombra se enreda a los árboles
con su Octubre de paracaídas y el viento
perfectamente verde
aborda la única nave hacia
el infinito.

Aves sin nombre sobrevuelan
vastas comarcas, llanuras femeninas.
El silbo de nuestros antepasados
moja las paredes de piedras.

El Marañón nutre de sol al Amazonas.
Bosteza el Río de la Plata
y su boca de 230 km
se traga la playa y las gaviotas.
El Guayas habla con los peces
con tanta dulzura
que los peces desovan en su garganta.

Despeñaderos y águilas
extremadamente perfectas,
montes preñados, mugidos
de animales que no querían nacer, rotos
volcanes por la parte de abajo,
velocidades de pastos, bosques
lamentándose de sus rodillas que se curvan:
pétalos que en el rocío dejan su escritura.

Espina dorsal, cordón:
nuestra propia piel se levanta
Aconcagua arriba (7000 m)
Huascarán arriba (6721 m),
Chimborazo arriba (6253 m)
Más arriba como si fuésemos a parir,
diosito de los indios,
las montañas "Rocallosas",
los Andes amados.

La lucha siempre fue
contra las potencias terrestres,
intolerante de amo.

Desde la Patagonia hacia Australia,
vienen o van, Ameghino?
Aquí crecerán los sarcoboros primeros.

Ocho molares de remplazamiento
(que ya no serán útiles)
¡Oh, Quetzacoatl!
Perdónales su amor por el otro
y el desprecio
que sintieron por sí mismos.

Estos son los glifos mayas,
los quipus quechuas,
los wampun iroqueses.
Dispuestos rosarios,
colores y posición del habla.
Nudos de cuerda,
volcanes que el humo atemoriza.

Por el Camino del Inca corre el chasqui
La noticia que lleva
no tiene impresiones digitales.
Estas son las pictografías y los petroglifos
como las de Dighton Rock.

Si en la humildad del dolor, en la formación
canina del sudor, creciesen árboles:
¡Aleluya! —diríamos.
Azules riberas del Magdalena,
piedras de Pandi:
¿Quién dibujó en su rostro
los sueños de los panches?

Cortantes las aves música,
ríen al cielo
desoyen otros cantos,
lanzan hacia el hemisferio
visibles cuerpos y hermosuras,
olas que en estado de celo
empinan parte de su voz y ahí su vuelo.

Deja, hermosa mía,
esa contradanza sin luz,
esa pastorela agotada en tus movimientos.
Abrazate a este corazón trágico
con bambucos que saben a corajal,
con rumbas
y milongas que nadie ha palpado
bajo tus accidentes.

Cántale a la luna
esa pavana que se llenará de pañuelos
y bajo su luz baila el candombé y la chacona.
Zúmbanos esa zarabanda de indio taíno.
Mudos están los huesos.
Si bailas la morisca
la humanidad no cederá a la muerte.
y deja en mí la duda
de haber ido contigo danzando
o de no haber salido nunca del espejo.

Dibújame, Rivera,
en la comiza de los panos,
en los sueños del sabio Raimondi,
camino de Sayán a Oyón.
Sea este el latido de las anilinas
de Huíñaque, Yonán y Caldera.
Madre tierra, este atardecer
moriremos con los ojos abiertos.

Las piedras no hablarán.
Los manuscritos
en hojas de maguey se ríen
del abate francés
Brasseur de Bourbourg
y su hipótesis lingüística fantástica.
Estos, mis códigos,
escrituras calculiformes:
mitad agua, mitad tierra,
mitad fonética-olvido,
mitad ideografía-memoria.

Cuando fue inaugurada
por los conquistadores
en el vientre de aquella ciudad
escondieron una campana de oro.
Al verla los pájaros cambiaron su idioma.
El río Imperial
trece segundos más tarde supo de la invasión.
Nuestra escuela era como todas escuelas rurales:
con ojos y sin vidrios.
El viento hacía resplandecer el oro
para que la campana sonara.
El barro dejaba sin bostezo al túnel
y cinco siglos habían acumulado
vasijas, serpientes y polen.
En medio de aquella oscuridad
juro haber visto la campana:
una especie de planeta-madre

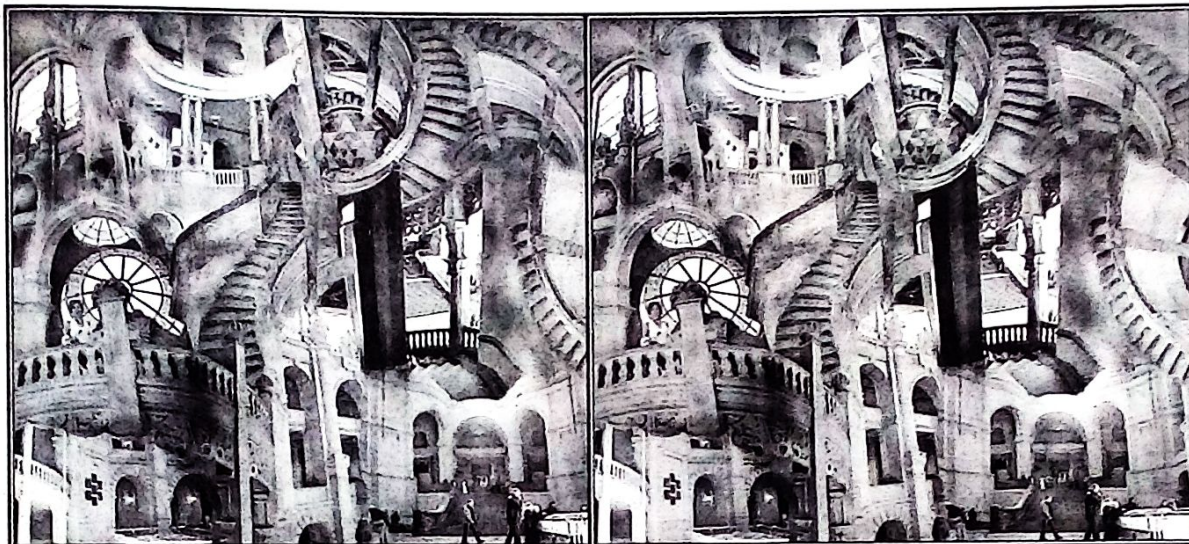
junto al cual giraban las estrellas
que habían muerto.
Frente a la máquina de escribir Canon S-60
(que me regaló un compañero del PC):
no hay más literatura que la ambigüedad,
el hábito ha de convertir
lo hermético en evidente, lo oscuro en
diáfano.
(La sátira data del inicio de los tiempos)
Imágenes insensatas, arbitrarias,
descalibradas,
contradicciones puras,
cerradas como ostras para las
hermenéuticas.

El espíritu que no es religioso
es profano —me dices,
misterioso don impuesto
a todo lo que es en el Universo.
La secreta virtud de expiarnos,
la rebelde masedumbra de no
entregar las orejas.

Lo que es pulcro y
refinadísimo es también
hosco y empeñosamente estéril.
La Belleza, según Platón,
es metafísica.
Realidad moldeada
y esculpida por el espíritu fuera de la
conciencia —según Kant.
Preceptistas neoclásicos,
nosotros aprendimos a navegar en
balsas y almadías.
Cánones grecolatinos,
era la Época del Cuaternario: el hermoso
retroceso de los glaciales.
Épica, lírica, ode-canto,
ninguno de nosotros
imaginaba como tal la escritura.
Nuestros cráneos
eran reducidos por los "chucos"
Cantos de Píndaro,
reflexivos hexámetros de Horacio:
no tengo qué comer esta noche.

¿Es un lujo el estudio de la historia?

En 1983, el historiador Josep María Barnadas (Cataluña, 1941- Cochabamba, 2014) publicó "Afectos de fe" obra centrada en la estética de la discrepancia. El presente ensayo forma parte de dicho libro



Primera de dos partes

Hay quien piensa que cada oficio debe ser defendido por quien lo practica. No soy de esta opinión, porque me creo capaz de entender las razones que pueden dejar malparada una determinada actividad mía; hay, sin embargo, quien lo sabe, pero no admite el razonamiento porque teme que, de aceptar la fuerza de los argumentos, debería abandonar su oficio y, quizás, no se siente con fuerzas para aprender otro nuevo. Por mi parte, tampoco adhiero al cartesianismo que cree que cuando el ser humano percibe una verdad, automáticamente la lleva a la práctica en su vida; creo más bien, que el hombre se define por una serie de contradicciones entre el pensar y el obrar (y, más de una vez, con justificación).

Si como historiador tuviera que defender el estudio de la Historia, la pregunta que encabeza estas páginas estaría de más. Acaso por suerte, ¡cuántos millones de personas desarrollan una actividad en cuyo interés creen muy escasamente! Hasta cierto punto son de compadecer; pero ¿no es la existencia humana a cada paso un pacto entre el deseo y lo posible? Y no digamos nada ya de las espesas capas de ambigüedad ¡en que cada uno de nosotros nos movemos sin cesar! Limitaciones personales, trayecto autobiográfico, influencias familiares o educativas; paso del tiempo; la fuerza de la costumbre, por más "infundada" que esta sea, etc., he aquí algunos de los factores que pueden determinar que uno tenga una actividad de cuya legitimación ni él mismo ni un análisis riguroso permitirían estar convencido.

Pero llegados a este punto, las distinciones se hacen imperativas. Y la primera es entre el trabajo como medio de conseguir los recursos para sobrevivir y el trabajo con un componente de creación personal, que implica lo que se llama cierta "vocación" de decisión electiva por parte del interesado (y note el lector que esta distinción en manera alguna se corresponde con

la que hay entre trabajo manual e intelectual: la inmensa mayoría de white-collars y ejecutivos pertenecen a la primera categoría propuesta; en cambio, un escultor forma parte de la segunda). Y en el caso del trabajo con un componente creativo hay que decir que quien lo practica tiene el deber por lo menos de plantearse el problema de su utilidad, aun en el caso de que luego no se ajustara a las consecuencias que se desprenden de la respuesta dada con la máxima honestidad posible.

La segunda distinción separa el problema subjetivo del objetivo. La tercera exigiría precisar de qué estudio de la Historia hablamos cuando queremos saber si es un lujo prescindible o cumple funciones humanas sustantivas (pues podría ser muy bien que cierto tipo de estudio resultara absolutamente vital y cierto otro tipo, sobrante por completo).

Pues bien, teniendo en cuenta lo anterior, planteo la pregunta en su sentido objetivo y me refiero a si hay algún tipo de estudio de la Historia que sea algo más que un lujo; y si lo hay, cuáles son sus características necesarias.

Por fin, debo aclarar todavía que doy por supuesto que todo intelectual o creador de la cultura debe tender, dentro de las duras condiciones que impone a veces la vida, a una actividad que sea algo más que un pasatiempo/satisfacción de gusto o vanidades personales (sin que ello signifique ignorar que muchas de las creaciones humanas más geniales han tomado cuerpo en respuesta a unos estímulos estrictamente individuales, de muy problemática socialización, a pesar de lo que nos quieran hacer creer las correspondientes sociológicas del caso).

II

Una primera pista para dar con alguna respuesta puede ser ver qué representa hoy el estudio de la Historia en las diferentes situaciones del mundo. He aquí una breve tipología:

1) *En el mundo industrial capitalista la historiografía (que ésta es la etiqueta para*

designar el estudio de la Historia vivida) forma parte de dos grandes estructuras: la enseñanza y la edición. Hopy dispone de enormes recursos tecnológicos (computadoras, bancos de datos, etc.); su función oscila entre la legitimación nacional o del sistema y una cierta crítica tolerada por el Estado o el poder económico; la radicalidad de esta crítica puede variar mucho, variando en igual proporción su marginalidad (en función de la tolerancia del sistema y de la fuerza con que pueda organizar unos canales más o menos alternativos).

2) *En el mundo industrial socialista por el contrario, toda la producción historiográfica forma parte del aparato estatal (enseñanza e investigación); de acuerdo con esa su condición, se le exige un papel apologético del sistema (bien directamente, bien criticando las sociedades capitalistas y sus creaciones imperialistas); recién empieza a dejarse sentir una historiografía disidente clandestina.*

3) *En el mundo subdesarrollado y dependiente la historiografía no suele gozar de especial apoyo u ojeriza; apenas cuenta; pero tampoco se le exige una militancia oficialista; en buena parte descansa sobre la iniciativa privada; algunas de sus tendencias se integran en la resistencia ideológica contra el sometimiento imperialista, mientras que otras dormitan en el status quo o tienen una incidencia filisteica.*

4) *Hay, por fin, una variante de la categoría anterior: dondequiera que hay cuestiones nacionales pendientes (Euzkadi, Países Catalanes, Galicia, Bretaña, Occitania, Gales, etc.) hay una historiografía comprometida en la lucha de liberación nacional y que juega un papel importante en la identificación nacional.*

Vemos, pues, que se presentan bastantes modalidades, lo que no permite zanjar la pregunta en una sola dirección. Realmente, hoy son múltiples y contradictorias las funciones

que cumple la historiografía; pero ya podemos adelantar que así como la historiografía, hoy, en algunos casos presta servicios sociales que en manera alguna pueden catalogarse de lujo (parte 1), 3) y 4)-, en otros hace algo peor que ser un lujo: mayoría de 2) y parte de 3).

Hasta aquí una primera aproximación descriptiva; demos un paso adelante en el examen intrínseco del problema.

III

El estudio de la Historia ofrece tres posibilidades de ser algo más que un lujo: es decir, de satisfacer necesidades humanas a la vez individuales y sociales.

La primera consiste en descubrir el conocimiento del pasado como un refugio. ¿De qué nos protege? De la tiranía que quiere imponernos la moda de cada momento, acorralándonos en la presunta única forma de hacer las cosas o -más a fondo- de realizar la humanidad, cuando por lo general no nos sucede nada que no tenga antecedentes más o menos lejanos. En realidad, al darnos refugio, el pasado -al que solo podemos acceder mediante el conocimiento- nos libera de la servidumbre instantánea. (Esta liberación se aplica tanto a individuos como a colectividades). A su vez, al liberarnos de la dictadura del presente, nos permite adoptar unas dimensiones de protagonismo más acordes con la realidad, es decir más modestas. Todo esto no puede conceptuarse como lujo, a menos que establezcamos arbitrariamente que lo único "necesario" sea llenar los estómagos.

Continuará

BARAJA DE TINTA

Doña Bernarda de la Barrera mi ama

De Alonso Ortiz de Abreu a su esposa

Potosí, 12 de marzo de 1637

Doña Bernarda de la Barrera mi ama:

En los Galeones pasados tuve dos cartas tuyas, hija de mi vida, si fueren alivio a los tormentos que sin tí padece mi alma. Dígalos quien sabe de ausencia y tan eterno es en padecerlos, pues si deseo nuevas y cartas de esa tierra es solo por saber de tu salud, que goces y te dé Dios como desea quien nació para solo servirte.

Cuando yo esperaba la licencia de Su Majestad para poder vender estas haciendas por solo ir a gozar de lo que más he deseado en este mundo, hallo tan poca ayuda en el despacho, que no sé si culpe mi poca suerte o la poca diligencia que en esto ha habido; pero lo más cierto es lo primero, que en lo segundo, quien tan sola considera la casa de mi suegro, no se admirara. Bien veo que tú ni mi Señora han de ir a Madrid a esto. Culpo solo las pocas obligaciones con que nacen los hermanos que no se han criado juntos, pues, teniendo tantos allá, ninguno lo es sino en el nombre. Yo lo seré de todos de la misma manera. Y cuando no fuera más que para demostrarlo, determinara ir a esa tierra.

La diligencia se ha de hacer y sea por mano del Padre fray Rodrigo mi hermano, a quien se lo has de rogar no dilate cosa que tanto importa a todos. Si bien tengo entendido de su proceder y de la merced que hace a todos nosotros, estará ya negociado esto cuando lleguen estas cartas. Escríbolas con un muy gran amigo suyo, que es el Padre Maestro fray Francisco de Jesús Zambrano, confesor del Señor Presidente de esta Audiencia, que va a ciertos negocios de Su Señoría; háme hecho particular merced. Deseo conozca que en esa casa se le recompensa con estimársela. Acudirá a la solicitud de esta licencia en Madrid, si no estuviere efectuada. Puede el Padre fray Rodrigo irse con él y tratar de despacharla, puesto que es negocio de justicia más que de gracia.

Envíote poder para que puedas cobrar mi legítima y sacarla de poder de quien la tuviere; harás de ella lo que te pareciere: bien veo que no la has de echar por ahí. Quisiera fuera un millón. Con don Gerónimo de Campoverde te envío cuatrocientos pesos: bien veo que es poco, pero si vieras la apretura con que me hallo, no culparas escaseces semejantes. Confío en Dios que el año que viene, si me da salud, de remediárlas y enviarte mucho dinero.

No tengo que encargarte el recato en tu proceder, vida mía, pues por tantas causas lo debes tener. Cada vez que te considero tan lejos de mí, solo es para arrancárme el alma de dolor. En tu muno está el verme allá con solo lo que pido, que es muy poco. Avísame muy largo del estado de todos mis hermanos y mis primos, los hijos del Señor don Pedro Galindo, que no he sabido nada de nadie y si se ha casado mi prima, hija de mi tía doña Isabel Galindo; y de todo lo demás que hubiere, que estoy a ciegas. Dios te me guarde con salud y te me deje ver.

Tu

Don Alonso Ortiz de Abreu



La misiva forma parte del libro "Del Barruco Literario en Charcas - Doce cartas de Alonso Ortiz de Abreu a su esposa, o las trampas del amor y del honor (1633-1648)", reunidas y analizadas en su dimensión histórica y literaria por el Dr. Josep M. Barnadas, quien el año 2000, presentó el epistolario de 12 cartas que Ortiz envió desde Chuquisaca a su esposa sevillana Inés Bernarda de la Barrera y Ayala, con quien se había casado por poder en 1632, a la distancia, cuando contaba con 25 años de edad. Afirma el investigador que no se han conservado las cartas de respuesta de la esposa.